

Tenían buenas razones para sentirse orgullosos, y mejores razones todavía para estar asustados; todos y cada uno de los doce: pues aunque se habían abierto camino, partido a partido, entre los equipos inscritos en el torneo de polo, aquella tarde se enfrentaban a los Archangel en la final. Los Archangel participaban con media docena de caballos cada jugador, y como el partido se dividía en seis partes de ocho minutos, eso significaba un caballo de refresco después de cada descanso. El equipo de los Skidar, aun suponiendo que no hubiera habido accidentes, solo podía proporcionar un caballo de recambio, y dos a uno es una proporción bastante escasa. Además, tal como señalaba Shiraz, el sirio de color gris, se enfrentaban a lo mejor y más escogido de los caballos de polo del norte de la India: caballos que habían costado más de mil rupias cada uno, mientras ellos eran un lote barato sacado a menudo de carros de campo por sus amos, pertenecientes a un regimiento nativo de infantería que era honesto, pero pobre.

—El dinero significa andadura y peso —observó Shiraz al tiempo que se frotaba tristemente el sedoso y negro hocico entre sus bien ajustados protectores—. Y según las reglas del juego tal como yo las conozco...

—Ah, pero no estamos jugando a las reglas —contestó Gato Maltés—. Estamos jugando el partido, y tenemos la gran ventaja de conocerlo. Con que lo pienses solo mientras das una zancada, Shiraz, te darás cuenta de que hemos subido desde la última a la segunda posición en dos semanas, contra todos esos tipos; y ha sido así porque jugamos con nuestra cabeza además de con las patas.

—Eso me hace sentirme chiquita y desgraciada todo el tiempo —intervino Kittiwynk, una yegua de color pardusco que tenía una frontalera roja y las patas más limpias que ha poseído nunca un caballo viejo—. Ésos nos doblan en tamaño.

Kittiwynk echó una mirada a la concurrencia y suspiró. El duro y polvoriento campo de polo de Umballa estaba cubierto de miles de soldados vestidos de negro y blanco, por no contar los cientos y cientos de carruajes, coches altos de cuatro caballos y cochecitos de dos ruedas y dos asientos, las damas con parasoles de brillantes colores, los oficiales con uniforme y sin él y la multitud de nativos situados detrás; sumémosles los ordenanzas que montados en camellos se habían detenido para ver el partido en lugar de llevar y traer cartas desde la estación, y los tratantes nativos de caballos que correteaban por allí sobre yeguas biluchi de delgadas orejas buscando la oportunidad

de vender algunos caballos de polo de primera clase. Después estaban los caballos de los treinta equipos que se habían inscrito en la Copa Abierta del Norte de la India: casi todos los caballos dignos y valiosos que había desde Mhow hasta Peshawar, desde Allahabad hasta Multan: valiosos caballos árabes, sirios, árabes, de campo, originarios de Decán, Waziri y de Kabul, de todos los colores, formas y temperamentos que pueda imaginarse. Algunos de ellos estaban en establos con techo de esterilla, cerca del campo de polo, pero casi todos tenían encima la silla con su dueño, que habían sido derrotados en partidos anteriores y se dedicaban a trotar de aquí para allá y a decirse unos a otros cómo, exactamente, debía jugarse.

Era una vista gloriosa, y el ir y venir de los pequeños y rápidos cascos, así como los incesantes saludos de los caballos que se habían conocido anteriormente en otros campos de polo o en pistas de carreras, bastaba para volver loco a cualquier cuadrúpedo. Pero los miembros del equipo de Skidar procuraban no conocer a sus vecinos, aunque la mitad de los caballos que había en el campo estaban deseosos de conocer a los pequeños que habían llegado desde el norte y, hasta el momento, habían barrido.

—Déjame pensar—le dijo a Gato Maltés un caballo árabe y suave de color dorado que el día anterior había jugado muy mal—: ¿No nos conocimos en el establo de Abdul Rahman, en Bombay, hace cuatro estaciones? Recordarás que aquella estación gané la Copa Paikpattan.

—No pude ser yo —contestó cortésmente Gato Maltés—. Entonces me encontraba en Malta, tirando de un carro de verduras. Yo no corro, solo juego.

—¡Aah! —contestó el árabe levantando la cola y mar chándose con trote fanfarrón.

—Concentraos en vosotros mismos —dijo Gato Maltés a sus compañeros—. No vamos a ir frotándonos el hocico con todos esos mestizos de culo de ganso del norte de la India. Cuando hayamos ganado esta copa, todos darán sus herraduras con tal de conocernos.

—No ganaremos nosotros la Copa —intervino Shiraz—. ¿Cómo te sientes?

—Tan rancio como la cena de ayer, sobre la que corría una rata almizclera —contestó Polaris, un caballo gris de hombros bastante pesados, y los demás miembros del equipo estuvieron de acuerdo con él.

—Cuanto antes olvidéis eso, mejor —dijo alegremente Gato Maltés—. En la gran tienda han terminado pelea dos. Ahora nos llamarán. Si las sillas no os están cómo das, cocead por delante. Si el bocado del freno no os resulta cómodo, cocead por detrás y haced que los saises sepan si las protecciones están bien colocadas.

Cada caballo tenía su saís, su mozo de cuadra, que vivía, comía y dormía con él, y

había apostado en el partido mucho más de lo que podía permitirse. No había posibilidad alguna de que nada saliera mal, y para asegurarse de ello cada saís estuvo enjabonando las patas de su caballo hasta el último minuto. Tras los saíses se sentaban todos los miembros del regimiento de Skidar que habían conseguido permiso para asistir al partido: la mitad de los oficiales nativos y cien o doscientos hombres oscuros y de barba negra con las gaitas del regimiento que pasaban nerviosamente los dedos por los voluminosos instrumentos llenos de cintas. Los Skidar eran un regimiento de los que se consideraban pioneros, y las gaitas constituían la música nacional de la mitad de sus hombres. Los oficiales nativos llevaban manojos de palos de polo, mazos largos con mango de caña, y como la tribuna se había llenado después del almuerzo, se colocaron de uno en uno o por parejas en diferentes puntos del campo para que si a un jugador se le rompía un palo no tuviera que cabalgar mucho hasta conseguir uno nuevo. Una banda de la caballería británica atacó con impaciencia “If you want to know the time, ask a pleecman!”, y los dos árbitros, vestidos con guardapolvos ligeros, empezaron a moverse sobre dos pequeños y excitados caballos. Salieron entonces los cuatro jugadores del equipo del Archangel, y solo de ver sus hermosas monturas Shiraz volvió a gemir.

—Espera a que los conozcamos —dijo Gato Maltés—. Dos de ellos juegan con anteojeras, lo que significa que no pueden ver si se salen del camino por su propio lado, pues podrían lanzarse contra los caballos de los árbitros. ¡Y todos llevan riendas blancas de tela que con seguridad se estiran o resbalan!

—Y además los jinetes llevan el látigo en la mano en lugar de en la muñeca —intervino Kittiwynk, dando brincos para perder la rigidez—. ¡Ja!

—Es cierto. Ningún hombre puede manejar de esa manera el palo, las riendas y el látigo —añadió Gato Maltés—. Me he caído en cada metro cuadrado del campo de Malta, y tendría que saberlo.

Para demostrar lo satisfecho que se sentía, hizo temblar su cruceta de color salpicado; pero su corazón no estaba tan animado. Desde que había llegado a India en un transporte de tropas y había sido traspasado, junto con un rifle viejo, como parte del pago de una deuda por apuestas de carreras, Gato Maltés había jugado al polo, y había predicado sobre este deporte al equipo de Skidar en su pedregoso campo de polo. Un caballo de polo es como un poeta. Si nace amando el juego, puede convertirse en jugador. Gato Maltés sabía que los bambúes crecen solo para que con sus raíces puedan hacerse pelotas, que se les da grano para mantenerles fuertes y en buenas condiciones, y que a los caballos se les herraba para impedir que resbalaran en un giro. Y además de todas esas cosas, conocía todos los trucos y estratagemas del juego más hermoso del mundo, y llevaba dos estaciones enseñando a los demás todo lo que sabía o sospechaba.

—Recordad que debemos jugar unidos, y que debéis jugar con vuestra cabeza —repitió

por centésima vez cuando se acercaron los jinetes—. Y pase lo que pase, seguid a la pelota. ¿Quién sale primero?

Les pusieron las cinchas a Kittiwynk, Shiraz, Polaris y a un bayo corto y alto de tremendas corvas y sin una cruceta de la que fuera digno hablar (le llamaban Corks); y los soldados del fondo lo contemplaron todo fijamente.

—Quiero que estéis tranquilos —dijo Lutyens, capitán del equipo—. Y sobre todo que no empecéis a datos pisto.

—¿Ni siquiera si ganamos, capitán Sahib? —preguntó uno de los jactanciosos.

—Si ganamos, podréis hacer lo que os plazca —contestó Lutyens con una sonrisa mientras se deslizaba el lazo de su palo por la muñeca y se dirigía a galope corto hasta su posición.

Los caballos de los Archangel se sentían un poco por encima de sí mismos por la multitud multicolor que tan cerca estaba del campo de juego. Sus jinetes eran excelentes jugadores, pero formaban un equipo de jugadores de primer orden, en lugar de un equipo de primer orden, y ahí estaba toda la diferencia del mundo. Pretendían sinceramente jugar juntos, pero es muy difícil que cuatro hombres, cada uno de ellos el mejor que ha podido elegir el equipo, recuerden que en el polo no se compensa el juego con la manera brillante de golpear la pelota o cabalgar. Su capitán les gritaba las órdenes llamándoles por su nombre, y resulta curioso que si pronuncias en público el nombre de un inglés, éste se siente azorado y malhumorado. En cambio Lutyens no les dijo nada a sus hombres, porque ya todo se había dicho anteriormente. Montó a Shiraz, pues jugaba de “defensa”, para defender la portería. Powell montó a Polaris como defensa medio, y Macnamara y Hughes jugaban de delanteros montando a Corks y Kittiwynk. Pusieron la dura pelota de raíz de bambú en el centro del campo, a unas ciento cincuenta yardas de los extremos, y Hughes cruzó el mazo, con la cabeza hacia arriba, con el capitán del Archangel, quien creyó adecuado jugar de delantero aunque desde esa posición no se puede controlar fácilmente el equipo. Cuando cruzaron los bastones de caña se escuchó un pequeño clic en todo el campo, y entonces Hughes hizo una especie de movimiento rápido de muñeca que le permitió driblar con la pelota unos metros. Kittiwynk se conocía ese golpe desde antiguo, y lo siguió como un gato persigue un ratón. Mientras el capitán del Archangel daba la vuelta a su caballo, Hughes golpeó con toda su fuerza y al instante siguiente Kittiwynk había partido, y Corks le seguía de cerca avanzando ligeramente con sus pequeñas patas como gotas de lluvia sobre cristal.

—Tira a la izquierda —dijo entre dientes Kittiwynk—. ¡Viene hacia nosotros, Corks!

El defensa y el medio de los Archangel caían sobre él cuando estaba al alcance de la pelota. Hughes se inclinó hacia adelante con la rienda suelta y recortó hacia la

izquierda casi bajo las patas de Kittiwynk, que se apartó con una cabriola para dejar pasar a Corks, el cual vio que si no se daba prisa traspasaría los límites. Ese salto largo dio tiempo a los Archangel para girar y enviar a tres hombres a través del campo para neutralizar a Corks. Kittiwynk se quedó donde estaba, pues conocía el juego. Corks se encontró con la pelota media fracción de segundo antes de que llegaran los de más y Macnamara, quien con un golpe hacia atrás la envió a través del campo hacia Hughes, el cual vio el camino libre hasta la portería de los Archangel y metió la pelota antes de que nadie supiera muy bien lo que había sucedido.

—Eso sí que es suerte —comentó Corks mientras cambiaban de campo—. Un gol en tres minutos con tres golpes y sin ninguna cabalgada digna de mención.

—No creas —contestó Polaris—. Les hemos enfadado demasiado pronto. No me extrañaría que intentaran adelantarnos a toda velocidad la próxima vez.

—Entonces retén la pelota —dijo Shiraz—. Eso agota a cualquier caballo que no esté acostumbrado.

En la siguiente ocasión no hubo un galope sencillo a través del campo. Todos los Archangel se cerraron como un solo hombre, pero allí se quedaron, pues Corks, Kittiwynk y Polaris consiguieron colocarse de alguna manera encima de la pelota ganando tiempo entre los golpes de los mazos mientras Shiraz daba vueltas por el exterior aguardando una oportunidad.

—Podemos pasarnos haciendo esto todo el día —dijo Polaris mientras empujaba con sus cuartos traseros el costado de otro caballo—. ¿Hacia dónde crees que estás empujando?

—Yo... me dejaría llevar con un ekka si lo supiera —le respondió un caballo jadeante—. Y daría la comida de una semana para que me quitaran las anteojeras. No puedo ver nada.

—El polvo es bastante malo. ¡Fiu! Ése casi me da en el corvejón. ¿Dónde está la pelota, Corks?

—Debajo de mi cola. Al menos un hombre la está buscando allí. Esto sí que es bueno. No pueden utilizar los mazos y eso les vuelve locos. ¡Dale al de las anteojeras un empujón y se irá para otro lado!

—¡Eh, no me toques! No veo. Me... creo que me voy a retirar —dijo el caballo de las anteojeras, pues sabía que si no puedes ver alrededor de tu cabeza no te puedes preparar contra los golpes.

Corks observaba la pelota que estaba en el polvo, cerca de sus patas delanteras,

mientras Macnamara le daba golpecitos cortos de vez en cuando. Kittiwynk, agitando su cola cortada por la excitación nerviosa, se abrió camino fuera de la escaramuza.

—¡Ho! La tienen —resopló—. ¡Dejadme salir! —y diciendo esto galopó como una bala de rifle por detrás de un caballo alto y desgarrado de los Archangel, cuyo jinete estaba levantando el mazo para dar un golpe.

—Hoy no, te lo agradezco —dijo Hughes cuando el golpe por poco dio en su mazo levantado, y Kittiwynk empujó con los hombros los cuartos traseros del caballo alto, enviándole a un lado mientras Lutyens, montando a Shiraz, volvía a enviar la pelota al lugar de donde había venido, y el caballo alto resbalaba y se salía por la izquierda. Kittiwynk, al ver que Polaris se había unido a Corks en la persecución de la pelota terreno arriba, ocupó el lugar de Polaris, y entonces pitaron el final de ese tiempo.

Los caballos del Skidar no perdieron tiempo en cocear ni en soltar bufidos, pues sabían que cada minuto de descanso significaba un gran beneficio, por lo que trotaron hasta las barandillas y sus saises, quienes enseguida empezaron a rascarlos, cubrirlos con mantas y frotarlos.

—¡Fiu! —exclamó Corks poniéndose rígido para obtener todo el placer de las cosquillas que le producía el enorme rascador de vulcanita—. Si jugáramos caballo contra caballo, doblaríamos a los del Archangel en media hora. Pero ellos sacarán animales de refresco, y otros de refresco, y otros mas después... ya veréis.

—¿Y a quién le importa? —preguntó Polaris—. Hemos ganado a primera sangre. ¿Se me está hinchando el corvejón?

—Así lo parece —contestó Corks—. Has debido de recibir un latigazo bastante fuerte. Que no se te ponga rígido. En media hora te necesitarán de nuevo.

—¿Cómo va el partido? —preguntó Gato Maltés.

—El campo está como tu herradura, salvo donde han echado demasiada agua —contestó Kittiwynk—. En esos sitios es resbaladizo. No juegues por el centro, que ahí hay una ciénaga. No sé cómo se comportarán los cuatro nuevos caballos, pero hemos mantenido la pelota retenida y les hemos obligado a sudar por nada.

—¿Quién sale ahora? ¡Dos árabes y un par de caballos de campo nativos! Eso está mal. ¡Qué consuelo da lavarte la boca!

Kitty hablaba con el cuello de una botella de agua de soda forrada de cuero entre los dientes, tratando al mismo tiempo de mirar por encima de su cruz. Eso le daba un aire muy coqueto.

—¿Qué es lo que está mal? —preguntó Grey Dawn, cediendo ante las cinchas y admirando sus hombros bien asentados.

—Que vosotros, los caballos árabes, no galopáis lo bastante rápido como para mantenerlos calientes... eso es lo que quería decir Kitty —le contestó Polaris cojeando para demostrar que su corvejón necesitaba atención—. ¿Juegas de “defensa”, Grey Dawn?

—Eso parece —contestó Grey Dawn mientras se le subía encima Lutyens. Powell montó a Rabbit, un caballo de campo bayo muy parecido a Corks, pero con orejas parecidas a las de un mulo. Macnamara montó a Faiz Ullah, un caballito árabe de color rojo, cola larga, y de patas traseras cortas y hábiles, mientras Hughes montó a Benami, un animal viejo, de color marrón y malhumorado, que se apoyaba en las patas delanteras más de lo que debería hacerlo un caballo de polo.

—Parece que a Benami le gusta esto —comentó Shiraz—. ¿Cómo estamos de humor, Ben?

El veterano caballo se marchó cojeando sin responder, y Gato Maltés contempló los caballos nuevos del Archangel que saltaron haciendo cabriolas al campo de juego. Eran cuatro animales negros y hermosos con grandes sillas y lo bastante fuertes como para comerse al equipo entero de Skidar y galopar con la comida en el estómago.

—Otra vez anteojeras —dijo Gato Maltés—. ¡Buen asunto!

—¡Son corceles... para las cargas de caballería! —exclamó Kittiwynk con indignación—. Nunca volverán a conocerlos.

—Pues todos han sido medidos con justicia y han obtenido sus certificados —intervino Gato Maltés—. Si no, no estarían aquí. Tenemos que aceptar las cosas tal como vienen y mantener la vista fija en la pelota.

Empezó el juego, pero esta vez los Skidar fueron acorralados en su propio campo, y los caballos que miraban el partido no lo aprobaron.

—Faiz Ullah está escurriendo el bulto, como de costumbre —comentó Polaris con un gruñido burlón.

—Faiz Ullah se está comiendo el látigo —añadió Corks. Podían escuchar la cuarta de polo de correas de cuero golpeando el tronco bien redondeado del caballito.

Entonces les llegó desde el campo de juego el agudo relincho de Rabbit:

—No puedo hacer solo todo el trabajo —gritaba.

—Juega y no hables —relinchó Gato Maltés; y todos los caballos se agitaron de excitación mientras los sol dados y mozos de cuadra se aferraban a la barandilla y gritaban. Un caballo negro con anteojeras había sobrepasado al viejo Benami y le interfería de todas las maneras posibles. Podían ver a Benami agitando la cabeza de arriba abajo y haciendo vibrar el belfo inferior.

—Va a haber una caída enseguida —comentó Polaris—. Benami se está poniendo envarado.

El juego osciló de arriba abajo entre una portería y la otra y los caballos negros se fueron sintiendo más confiados cuando comprobaron que aventajaban a los otros. Golpearon la pelota fuera de una pequeña escaramuza y Benami y Rabbit la siguieron; Faiz Ullah se contentó con quedarse tranquilo por un instante. El caballo negro de las anteojeras subió como un halcón, seguido por dos de los suyos, y los ojos de Benami brillaron al emprender la carrera. La cuestión era cuál de los caballos aventajaría al otro; los jinetes estaban de acuerdo en arriesgar una caída por una buena causa. El negro, enloquecido casi por las anteojeras, confiaba en su peso y genio; pero Benami sabía cómo aplicar su peso, y cómo mantener el genio. Se encontraron produciendo una nube de polvo. El negro acabó de costado en el suelo, sin aliento en el cuerpo. Rabbit iba cien metros arriba por el campo llevando la pelota y Benami se había parado. Había resbalado casi diez yardas, pero se había cobrado su venganza y se quedó sentado haciendo ruidos con el hocico hasta que se levantó el caballo negro.

—Eso es lo que te pasa por meterte por en medio. ¿Quieres más? —preguntó Benami antes de volver a meterse en el juego. No se consiguió nada porque Faiz Ullah no galopó, aunque Macnamara le pegaba siempre que tenía un segundo libre para hacerlo. La caída del caballo negro impresionó muchísimo a sus compañeros, de manera que los Archangel no pudieron aprovecharse del mal comportamiento de Faiz Ullah.

Tal como dijo Gato Maltés, cuando terminó el tiempo y regresaron los cuatro resoplando y sudando, tendrían que haber cocado a Faiz Ullah alrededor de todo el campo de Umballa. Si no se portaba mejor en el siguiente tiempo, Gato Maltés prometió arrancarle al árabe la cola de raíz, y comérsela. No hubo más tiempo para hablar, pues ordenaron salir al tercer grupo de cuatro caballos. El tercer tiempo de un partido suele ser el más caliente, pues cada equipo piensa que los otros deben estar agotados; y la mayor parte de las veces un partido se gana en ese tiempo. Lutyens montó a Gato Maltés palmeándolo y abrazándolo, pues lo valoraba más que cualquier otra cosa en el mundo. Powell montó a Shikast, un pequeño canalla de color gris sin pedigrí ni buenas costumbres fuera del polo; Macnamara montó a Bamboo, el más grande del equipo, y Hughes a Who's Who, alias El Animal. Se suponía que tenía sangre australiana en sus venas, pero parecía un percherón y podías golpearle en las patas con una palanca de hierro sin hacerle daño. Salieron para encontrarse frente a

la flor del equipo del Archangel, y cuando Who's Who vio sus patas elegantemente protegidas y las pieles hermosas y satinadas, sonrió tras su brida ligera y bien ajustada.

—¡Válgame Dios! —exclamó Who's Who—. Vamos a darle un poco de juego de patas. Esos caballeros necesitan un buen frotado.

—Sin morder —advirtió Gato Maltés, pues era conocido por todos que en una o dos ocasiones Who's Who se había olvidado de esa regla.

—¿Quién dijo nada sobre morder? No estoy jugando a el saltador. Estoy jugando el partido.

Los Archangel bajaron como lobos acorralados, pues se habían cansado del fútbol y querían jugar al polo. Y recibieron más y más. Poco después de empezar el tiempo, Lutyens golpeó una pelota que se acercaba a él con rapidez, y la elevó en el aire, como sucede a veces con una pelota, produciendo el sonido del aleteo de una perdiz asustada. Shikast la oyó, pero al principio no pudo verla, aunque miró para todas partes y también hacia el aire, tal como le había enseñado Gato Maltés. Cuando la vio hacia adelante y por arriba, avanzó con Powell tan rápido como pudo. Entonces fue cuando Powell, en general un hombre tranquilo y juicioso, se sintió inspirado y jugó un golpe que a veces tiene éxito en una tranquila y larga tarde de entrenamiento. Cogió el mazo con ambas manos y poniéndose en pie sobre los estribos golpeó la pelota en el aire a la manera de Munipore. Se produjo un segundo de asombro paralizante antes de que los cuatro graderíos del campo se pusieran en pie lanzando un grito de aprobación y complacencia cuando la pelota salió volando (había que ver a los asombrados Archangel agachándose en la silla para salirse de la trayectoria de vuelo y mirándola con la boca abierta), y las gaitas reglamentarias de los Skidar sonaron desde las barandillas en cuanto los gaiteros recuperaron el aliento.

Shikast percibió el golpe, y al mismo tiempo oyó que se desprendía la cabeza del mazo. Novecientos noventa y nueve caballos de cada mil habrían perseguido precipitadamente la pelota llevando encima un jinete inútil tirándole de la cabeza, pero Powell le conocía, y él conocía a Powell; en cuanto sintió moverse ligeramente la pierna derecha del jinete por encima de la gualdrapa, se dirigió hacia un lado desde el que un oficial nativo agitaba frenéticamente un mazo nuevo. Antes de que terminaran los gritos, Powell estaba armado de nuevo. Solo una vez en su vida había oído Gato Maltés ese mismo golpe, jugado entonces desde sus propios lomos, y se había aprovechado de la confusión que provocó. Esta vez actuó por experiencia y, dejando a Bamboo que defendiera la portería por si se producía algún accidente, pasó entre los otros como una centella, con la cabeza y la cola bajas, y Lutyens erguido sobre él para aliviarle. Avanzó antes de que el otro equipo se enterara de lo que estaba sucediendo y casi se golpeó la cabeza entre los postes de la portería de los Archangel cuando empujó la pelota, metiéndola, tras una carrera en línea recta de casi ciento treinta

metros. Si había una cosa de la que Gato Maltés se enorgulleciera más que de cualquier otra era de esa especie de carrera rápida con la que sabía cruzar como un rayo la mitad del campo. No era de los partidarios de llevar la pelota alrededor del campo, a menos que uno estuviera siendo dominado claramente. Después les dieron a los del Archangel cinco minutos de fútbol, y un caballo caro y rápido odia el fútbol porque estorba a su temperamento.

En esa manera de jugar Who's Who demostró ser mejor incluso que Polaris. No permitía ningún movimiento hacia el exterior, sino que se metía gozosamente en la escaramuza como si tuviera el morro introducido en un comedero y estuviera buscando algo agradable. El pequeño Shikast saltaba sobre la pelota en cuanto ésta quedaba al descubierto y cada de vez que un caballo del Archangel la seguía se encontraba a Shikast encima y preguntando qué sucedía.

—Si sobrevivimos a este tiempo, no me preocuparé —dijo Gato Maltés—. Vosotros no os agotéis, dejad que suden ellos.

Y entonces, tal como explicaron después los jinetes, los caballos “se cerraron”. Los Archangel les sujetaron delante de su portería, pero eso les costó a sus caballos todo lo que les quedaba de temperamento; los animales empezaron a cocear, sus jinetes a repetir cumplidos, y los primeros se lanzaron contra las patas de Who's Who pero éste apretó los dientes y se quedó donde estaba, mientras el polvo se elevaba como un árbol por encima de la escaramuza hasta que terminó aquel ardoroso tiempo. Encontraron a los caballos muy excitados y confiados cuando llegaron junto a sus saises, y Gato Maltés tuvo que advertirles que se acercaba lo peor del partido.

—Ahora nosotros salimos por segunda vez, y ellos trotan con caballos de refresco. Creeréis que sois capaces de galopar, pero descubriréis que no es posible, y os sentiréis apenados.

—Pero dos goles a cero es una gran ventaja —dijo Kittiwynek haciendo cabriolas.

—¿Cuánto se tarda en meter un gol? —preguntó a modo de respuesta Gato Maltés—. Por favor no salgáis con la idea de que el partido está casi ganado solo por que ahora hayamos tenido suerte. Os acorralarán con tra la tribuna si pueden; no debéis darles la oportunidad. Seguid a la pelota.

—¿Fútbol, como de costumbre? —preguntó Polaris—. El corvejón se me ha hinchado tanto que parece casi del tamaño de un morral.

—No les dejéis que vean la pelota si podéis evitarlo. Y ahora dejadme solo, que he de descansar todo lo que pueda antes del último tiempo.

Bajó la cabeza y relajó todos los músculos. Shikast, Bamboo y Who's Who imitaron su

ejemplo.

—Será mejor no mirar el partido —dijo—. No estamos jugando y nos agotaremos si nos ponemos ansiosos. Mirad al suelo y pensad que es la hora de irnos.

Hicieron todo lo que pudieron, pero resultaba difícil seguir su consejo. Los cascos retumbaban sobre el suelo, los mazos golpeaban campo arriba y abajo y los gritos de aprobación de las tropas inglesas indicaban que los Archangel estaban presionando fuerte a los Skidar. Los soldados nativos situados tras los caballos gemían y gruñían, murmuraban y finalmente escucharon un prolongado grito y un estruendo de hurras.

—Uno para los Archangel —dijo Shikast sin levantar la cabeza—. Está a punto de acabar este tiempo. ¡Ay, por mi padre y mi madre!

—Faiz Ullah, si esta vez no juegas hasta el último clavo de tus herraduras, te derribaré a patadas delante de todos los demás caballos —dijo Gato Maltés.

—Y yo haré todo lo que pueda cuando me toque el turno —añadió enérgicamente el caballito árabe.

Los saíses se miraban seriamente unos a otros mientras frotaban las patas de los caballos. Ahora era cuando de verdad estaban en juego las grandes bolsas, y todo el mundo lo sabía. Kittiwynk y los demás regresaron con el sudor goteándoles por encima de los cascos y con las colas contando tristes historias.

—Son mejores que nosotros —comentó Shiraz—. Sabía lo que iba a pasar.

—Cierra tu boca —le interrumpió Gato Maltés—. Todavía llevamos un gol de ventaja.

—Sí, pero ahora juegan dos árabes y dos caballos nativos —intervino Corks—. ¡Faiz Ullah, acuérdate! —añadió con voz cáustica.

Cuando Lutyens montó en Grey Dawn miró a sus hombres y comprobó que no tenían buen aspecto. Estaban cubiertos por franjas de polvo y sudor. Las botas amarillas estaban casi negras, las muñecas enrojecidas y llenas de bultos, y los ojos parecían haber profundizado cinco centímetros en la cabeza, aunque la expresión de la mirada era satisfactoria.

—¿Bebisteis algo en la tienda? —preguntó Lutyens, y los miembros del equipo negaron con la cabeza, pues estaban demasiado secos para poder hablar.

—Muy bien. Los Archangel lo hicieron, y están muchísimo más agotados que nosotros.

—Pero tienen caballos mejores —contestó Powell—. No me sentiré apenado cuando

esto termine.

El quinto tiempo fue triste en todos los aspectos. Faiz Ullah jugó como un pequeño demonio rojo; Rabbit parecía estar al mismo tiempo en todas partes, y Benami se lanzaba recto hacia cualquier cosa que se interpusiera en su camino, mientras los árbitros, montados en sus caballos, giraban como gaviotas alrededor del cambiante juego. Pero los Archangel tenían las mejores monturas y no permitieron a los Skidar jugar al fútbol. Golpearon la pelota arriba y abajo de lo ancho del campo hasta que Benami y los demás fueron superados. Entonces avanzaron y una y otra vez Lutyens y Grey Dawn fueron capaces por muy poco de alejar la pelota con un golpe largo cortante. Grey Dawn se olvidó de que era un árabe y dejó de ser gris para volverse azul con sus galopes. La verdad es que se olvidó demasiado, pues no mantenía la vista en el suelo como debería hacer un caballo árabe, sino que sacaba el morro y se lanzaba a la carrera espoleado por el honor del partido. Habían regado el campo una o dos veces en los descansos, y un aguador descuidado había vaciado todo su odre en un lugar cercano a la portería de los Skidar. Estaba cercano al extremo del campo y por décima vez Grey Dawn corría tras una pelota cuando sus cuartos traseros resbalaron en el barro y cayó dando vueltas, lanzando a Lutyens, que por poco no chocó contra un poste. Además, los triunfantes Archangel consiguieron su gol. Entonces terminó el tiempo, con empate a dos goles; a Lutyens tuvieron que ayudarlo a levantarse y Grey Dawn se levantó con los cuartos traseros magullados.

—¿Qué daños ha habido? —preguntó Powell rodeando con el brazo a Lutyens.

—Desde luego la clavícula —contestó Lutyens entre dientes. Era la tercera vez que se la rompía en dos años, y le dolía.

Powell y los demás silbaron.

—Terminó el partido —dijo Hughes.

—Espera un momento. Todavía nos quedan cinco buenos minutos y no es mi mano derecha —dijo Lutyens—. Les vamos a superar.

—Quería saber si estás herido, Lutyens —preguntó el capitán de los Archangel llegando al trote—. Aguar daremos si quieres poner un sustituto. Me gustaría... quiero decir... la verdad es que tus hombres se merecen este partido, si hay algún equipo que lo merezca. Nos gustaría darte un hombre, o alguno de nuestros caballos... o algo.

—Eres muy amable, pero creo que jugaremos hasta el final.

El capitán de los Archangel se le quedó mirando un rato.

—Eso no está nada mal —dijo antes de regresar a su campo, mientras Lutyens pedía

prestado un pañuelo a uno de sus oficiales nativos para hacerse con él un cabestrillo. Entonces llegó al galope uno de los Archangel con una gran esponja de baño y le aconsejó a Lutyens que se la metiera bajo la axila para aliviar el hombro, y entre todos le ataron científicamente el brazo izquierdo, y uno de los oficiales nativos se adelantó con cuatro vasos alargados que siseaban y burbujearon.

El equipo miró a Lutyens con aspecto patético y éste asintió. Era el último tiempo y ya nada importaría mucho. Se tragaron la bebida de color dorado oscuro, se limpiaron el bigote y recuperaron la esperanza. Gato Maltés había metido el morro por delante de la camisa de Lutyens como intentando decirle lo apenado que se sentía.

—Lo sabe —comentó con orgullo Lutyens—. El bribón lo sabe. Ya he cabalgado con él sin llevar brida... por diversión.

—Ahora no es por diversión —añadió Powell—. Pero no tenemos un sustituto decente.

—No —dijo Lutyens—. Es el último tiempo y tenemos que marcar nuestro gol y ganar. Confiaré en Gato.

—Si te caes ahora te vas a hacer daño —dijo Macnamara.

—Confiaré en Gato —repitió Lutyens.

—¿Habéis oído eso? —preguntó con orgullo Gato Maltés a los otros caballos—. Merece la pena haber jugado al polo durante diez años para oír que digan eso de ti. Y ahora, hijos míos, vamos. Cocearemos un poco para demostrar a los Archangel que este equipo no ha sufrido.

Y cuando entraron en el campo de juego Gato Maltés, tras convencerse de que Lutyens estaba cómodo sobre la silla, coceó tres o cuatro veces, y su jinete rió. Llevaba las riendas cogidas de alguna manera entre las puntas de los dedos de su mano vendada, sin preten der en ningún momento fiarse de ellas. Sabía que Gato respondería a la menor presión de la pierna, y para comprobarlo, pues el hombro le dolía mucho, hizo girar al caballo formando un ocho cerrado entre los postes de la portería. Eso produjo un rugido entre los hombres y los oficiales nativos, a los que les encantaba dugabashi (los trucos con caballos), tal como ellos lo llamaban, y las gaitas, con mucha tranquilidad pero en tono de burla, entonaron los primeros compases de una conocida melodía de bazar titulada “Frescamente Fresco y Nuevamente Nuevo”, como advertencia a los otros regimientos de que los Skidar estaban en forma. Todos los nativos se echaron a reír.

—Y ahora recordad que es el último tiempo —dijo Gato cuando ocuparon su lugar—. ¡Y seguid la pelota!

—No es necesario decirlo —contestó Who's Who.

—Dejadme continuar. Todas las personas que hay en los cuatro lados del campo empezarán a amontonarse... como hicieron en Malta. Oiréis que la gente grita, se adelanta y es empujada hacia atrás, y eso va a incomodar mucho a los caballos del Archangel. Pero si una pelota cae en los límites, id por ella y que la gente se las arregle para apartarse. En una ocasión fuimos por la pelota de cuatro en fondo y la sacamos de entre el polvo. Apoyadme cuando corra y seguid la pelota.

Hubo una especie de murmullo de simpatía y sorpresa cuando se inició el último tiempo y empezó exactamente lo que había previsto Gato Maltés. La gente se amontonó cerca de los límites y los caballos del Archangel miraron hacia los laterales, cuyo espacio se estaba estrechando. Si sabéis cómo se siente un hombre obstaculizado en el tenis —y no porque quiera salirse corriendo del campo, sino porque le gusta saber que podrá hacerlo en caso de necesidad—, comprendeéis cómo se sienten los caballos cuando juegan encajonados entre seres humanos.

—Voy a chocar contra uno de esos hombres si me salgo —dijo Who's Who lanzándose como un cohete tras la pelota; y Bamboo asintió sin hablar. Estaban jugando hasta la última pizca de sus fuerzas y Gato Maltés había dejado la portería sin defender para unirse a ellos. Lutyens le había dado todas las órdenes para que pudiera llevarle de regreso, pero era la primera vez en su carrera que el pequeño y sabio caballo gris jugaba al polo bajo su propia responsabilidad, e iba a aprovecharla al máximo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Hughes cuando Gato cruzó por delante de él y corrió tras un Archangel.

—Gato se encarga... ¡preocúpate del gol! —gritó Lutyens, e inclinándose hacia adelante golpeó la pelota de lleno y la siguió, obligando a los Archangel a dirigirse a su propia portería.

—Sin fútbol —dijo Gato—. Mantened la pelota cerca de los límites y obstaculizadles. Jugad en orden abierto y empujadles hasta los límites.

La pelota voló formando grandes diagonales a uno y otro lado del campo, y siempre que se detenía y un golpe la acercaba a los límites, los caballos del Archangel se movían con rigidez. No les gustaba dirigirse contra un muro de hombres y carruajes, aunque de haber jugado en campo abierto podrían haber girado sobre una moneda de seis peniques.

—Empujadles hacia los lados —dijo Gato—. Mantenedles cerca de la multitud. Odian los carros. Shikast, oblígalos a mantenerse por este lado.

Shikast con Powell se situó a la izquierda y a la derecha tras la pelea de una

escaramuza abierta, y cada vez que golpeaban la pelota alejándola Shikast galopa ba sobre ella en un ángulo tal que Powell se veía obligado a golpearla hacia los límites; y cuando la multitud se había apartado de ese lado, Lutyens enviaba la pelota a otro, y Shikast se deslizaba desesperadamente tras ella hasta que llegaban sus amigos para ayudarla. En esa ocasión se trataba de billar, no de fútbol: billar en el agujero de una esquina; y los tacos no estaban bien entizados.

—Si nos cogen en medio del campo se alejarán de nosotros. Driblad la pelota hacia los lados —gritó Gato.

Así que la driblaron a lo largo de los límites, donde un caballo no podía acercarse hacia su lado derecho; los Archangel estaban furiosos y los árbitros tenían que olvidarse del juego para gritar a la gente que retrocediera, mientras varios policías montados intentaban torpemente restaurar el orden, siempre muy cerca de la escaramuza, y los nervios de los caballos del Archangel se tensaban y se rompían como si estuvieran hechos de tela de araña. En cinco o seis ocasiones un Archangel golpeó la pelota llevándola hacia el centro del campo, y en cada ocasión el atento Shikast daba a Powell la oportunidad de devolverla, y tras cada retroceso, cuando se había asentado el polvo, los espectadores podían ver que los Skidar habían avanzado algunos metros. De vez en cuando los espectadores gritaban “¡Apartaos! ¡Fuera del lateral!”; pero los equipos estaban demasiado atareados para prestar atención y los árbitros hacían todo lo que podían para mantener a sus enloquecidos caballos lejos de la lucha.

Finalmente Lutyens erró un golpe corto y fácil y los Skidar tuvieron que regresar volando, atropelladamente, para proteger su portería, siguiendo a Shikast. Powell detuvo la pelota con un golpe de revés cuando no estaba ni a cuarenta y cinco metros de los postes de la portería, y Shikast dio la vuelta con un tirón que casi hace caer de su silla a Powell.

—Ahora es nuestra última oportunidad —dijo Gato girando como un abejorro clavado con una aguja—. Tenemos que sobrepasarles, adelante.

Lutyens sintió que el caballito respiraba profundamente y, por así decirlo, se encogía bajo su jinete. La pelota daba saltos hacia el margen derecho, y un Archangel cabalgaba hacia ella azuzando al caballo con las dos espuelas y el látigo; pero ni espuelas ni látigo harían que su caballo se estirara al acercarse la multitud. Gato Maltés le pasó bajo su mismo hocico, recogiendo bruscamente los cuartos traseros pues no había un centímetro que desperdiciar entre éstos y el bocado del otro caballo. Fue una exhibición tan clara como la del patinaje artístico. Lutyens golpeó con toda la fuerza que le quedaba, pero el mazo le resbaló un poco en la mano y la pelota salió hacia la izquierda en lugar de quedarse junto al margen. Who's Who estaba muy lejos, y pensaba concentrado mientras galopaba. Zancada a zancada repitió las maniobras de Gato, con otro caballo del Archangel, quitándole la pelota de debajo de la brida y

salvando a su oponente por media fracción de centímetro, pues Who's Who se encontraba detrás. Entonces se lanzó hacia la derecha mientras Gato Maltés surgía por la izquierda; y Bamboo sostuvo una trayectoria media exactamente entre ellos. Los tres estaban haciendo una especie de ataque en forma de flecha ancha gubernamental; solo había un Archangel para defender la portería, pero inmediatamente detrás de ellos los otros tres Archangel corrían todo lo que podían y con ellos se mezcló Powell, impulsando a Shikast en lo que pensaba era su última esperanza. Hace falta un hombre muy bueno para resistir el empuje de siete caballos enloquecidos en el último tiempo de una final de copa, cuando los hombres corren como si les fuera en ello la vida y los caballos están delirantes. El defensa del Archangel falló el golpe y se apartó justo a tiempo para dejar pasar el tropel. Bamboo y Who's Who acertaron la zancada para dejar espacio a Gato Maltés, y Lutyens consiguió el gol con un golpe limpio y suave que se escuchó en todo el campo. Pero no había manera de detener a los caballos. Traspasaron los postes de la portería en una multitud mezclada, juntos ganadores y perdedores, pues la velocidad había sido terrible. Gato Maltés sabía por experiencia lo que sucedería, y para salvar a Lutyens giró a la derecha con un último esfuerzo que le magulló un tendón trasero más allá de lo que era posible curar. Al hacerlo oyó que el poste derecho se rompía al chocar contra él un caballo: se agrietó, se astilló y cayó como un mástil. Estaba serrado por tres partes por si había algún accidente, pero aun así hizo volcar al caballo, que chocó con otro, el cual chocó contra el poste de la izquierda y entonces todo fue confusión, polvo y madera. Bamboo estaba tumbado en el suelo viendo las estrellas; un caballo del Archangel rodaba a su lado, enfadado y sin aliento; Shikast se había sentado como un perro para no caer sobre los otros y se deslizaba sobre su cola cortada en medio de una nube de polvo; Powell estaba sentado en el suelo, golpeándolo con el mazo y tratando de animar a todos. Los demás gritaban con lo que les quedaba de voz, y los hombres que habían sido derribados también gritaban. En cuanto los espectadores vieron que nadie había salido herido, diez mil nativos e ingleses gritaron y aplaudieron, y antes de que nadie pudiera detenerlos los gaiteros del Skidar entraron en el campo arrastrando detrás a todos los hombres y oficiales nativos, y marcharon arriba y abajo tocando una salvaje melodía del norte llamada "Zakhme Bagan", y entre el estrépito de las gaitas y los agudos gritos de los nativos se podía escuchar a la banda de Archangel que martilleaba "Son unos chicos excelentes" y luego reprochaban al equipo perdedor: "¡Ooh, Kafoozalum! ¡Kafoozalum! ¡Kafoo zalum!"

Además de todas estas cosas, y otras muchas, había un comandante en jefe, y un inspector general de caballería, y el principal oficial veterinario de toda India que, en pie sobre un coche del regimiento, gritaban como escolares; y brigadieres, coroneles, comisionados y cientos de hermosas damas se unían al coro. Pero Gato Maltés estaba con la cabeza agachada, preguntándose cuántas patas le quedarían; y Lutyens vio a los hombres y a los caballos apartarse de los restos de los dos postes y palmeó muy tiernamente a Gato.

—Diría yo... —dijo el capitán del Archangel escupiendo un guijarro que llevaba en la

boca—. ¿Acepta rías tres mil por ese caballo... tal como está?

—No, muchas gracias. Tengo la idea de que me ha salvado la vida —respondió Lutyens descabalgando y tumbándose en el suelo cuan largo era. Los dos equi pos estaban también en el suelo, lanzando sus botas al aire, tosiendo y respirando profundamente, mientras llegaban corriendo los saises para llevarse los caballos, y un aguador oficioso rociaba a los jugadores con agua sucia hasta que se sentaron.

—¡Por mi tía! —exclamó Powell frotándose la espalda y mirando los tocones de lo que habían sido dos postes—. ¡Esto sí que fue un partido!

Aquella noche, en la cena de gala, volvieron a jugarlo, un golpe tras otro, cuando la Copa del Abierto se llenó y pasó alrededor de la mesa, y se vació y volvió a llenar, y todos hicieron los discursos más elocuentes. Hacia las dos de la mañana, cuando debía llegar el momento de cantar un poco, una cabeza pequeña, sabia y gris miró por la puerta abierta.

—¡Hurra! Que entre —dijeron los Archangel; y su saís, que estaba verdaderamente feliz, palmeó a Gato Maltés en el costado, y cojeando entró bajo el resplandor de la luz y los brillantes uniformes, buscando a Lutyens. Estaba habituado a los comedores, los dormitorios y otros lugares en los que no solían entrar caballos, y en su juventud había saltado una mesa de comedor por una apuesta. Por eso se comportó con gran cortesía, comió pan untado en sal y fue acariciado por toda la mesa, moviéndose cautelosamente. Los hombres bebieron a su salud porque había hecho más por ganar la Copa que cualquier otro hombre o caballo que pisara el campo.

Tenía gloria y honor suficientes para el resto de sus días, y Gato Maltés no se quejó demasiado cuando el cirujano veterinario dijo que ya no serviría más para el polo. Cuando Lutyens se casó, su esposa no le permitió seguir jugando, por lo que se vio obligado a convertirse en árbitro; y su caballo en esas ocasiones era un gris salpicado con pulcra cola de polo, cojo, pero desesperadamente rápido sobre sus patas, al que todo el mundo conocía como el Pasado Pluscuamperfecto Prestísimo Jugador de Polo.